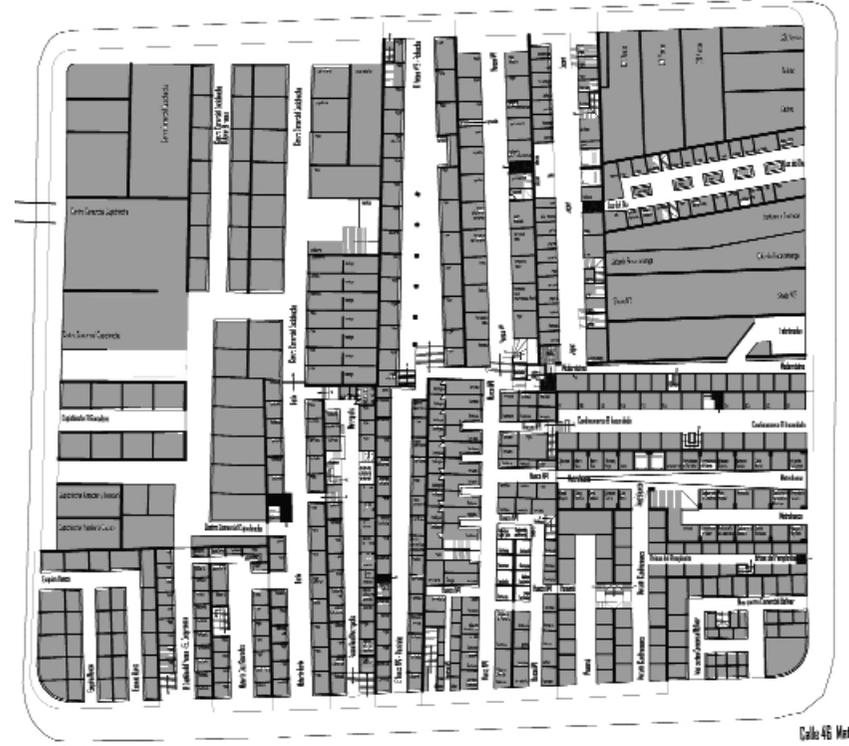


EL HUECO  
MIGUEL MESA

Ilustración de la primera página: *EL Hueco*. Nivel calle. Medellín.



Calle 46 Met

## Uno

1998. Me empleé como arquitecto en una cadena de hipermercados. Después de dos años de resolver puntos de venta se me entumeció el cuello de modo crónico y me volví hipertenso. Sin embargo aprendí a conocer los hipermercados a la perfección, sabía qué tenían como carcasa y qué poseían como motor. Conocerlos al detalle me empujó como contrapartida y por insatisfacción a buscar arquitecturas que hicieran el baile distinto. Me lo tomé como un reto personal. El poder que tiene una empresa multinacional para afectar la realidad es enorme. ¿Existía una fuerza colectiva que proviniera de otro sitio y pudiera producir de otra manera lo visible?

Los lunes de cada semana cuando iba a cuidar el hipermercado que me habían asignado en el centro de Medellín, me cruzaba con el Hueco. Casualmente mi jefe me enviaba a supervisar el layout del almacén donde se fundó esta cadena; y de verdad que había que ver de donde procedían las cosas. Era como si la asepsia y la impermeabilidad de un hipermercado nacieran de sus opuestos. Este viejo almacén que más parecía el taller de un sastre, se originó en un inmueble de manzana típica, fue creciendo hasta adquirir todos los predios de ella y los anexó a la planta baja mediante vanos en las medianerías. Esta primera tienda que poco tenía que ver con la figura de los actuales hipermercados estaba en el Hueco.

Pero ¿qué era el Hueco? Para el año 2000 esto es lo que yo sabía: se trataba de un mercado popular de pasajes y comercios vernáculos acumulados en el interior de manzanas, en resumen, una arquitectura de esas que solemos llamar espontánea. Era como si

pobreza. Al contrario, lo que hemos descubierto es que aparece gracias a la permanencia, a la insistencia, a la repetición de hábitos específicos. No es el resultado de unas operaciones del pasado que un día alguien decidió que estaban terminadas. Es una forma histórica pero también actual y gerundia.

Así que no se trata de que la forma del Hueco nos parezca bella o malévola sino de que ella alcanza a mostrarnos que la arquitectura es justamente un hábito, el hábito de ocupar un lugar. La arquitectura es inmanente a la vida. No es una opción. Se trata de hábitos solidificados, coreografías que van endureciéndose, cargas vivas que se detienen por momentos en acuerdos sofisticados. La ocupación es el motor real de la arquitectura, de cualquier expresión tridimensional. El hecho de que el Hueco pueda mostrarnos los procesos e interacciones que lo configuran, si estamos dispuestos a mirarlos, habla ya en parte de los atributos de su forma que es simétrica a la realidad que soporta porque no representa la vida de esos habitantes sino que corresponde a su ejecución misma.

Me parece que el Hueco es, por un lado, un buen caso para entender cómo medir la vitalidad de las arquitecturas -que seguramente radica en la cantidad de relaciones que la sustentan-, y por el otro, quizá constituye un modelo de intención interesante para trasladar a la mesa de dibujo de los despachos de arquitectura.



oficina de la Corporación Mundial de la Mujer, agencia de viajes-, que es difícil continuar entendiéndola como simple núcleo comercial.

La manzana del Hueco articula procesos de autogestión y autoconstrucción con planeación oficial -proyectos arquitectónicos parciales para algunas de sus piezas-. Pero el planeamiento no alcanza a explicar el sentido de su forma porque la manzana reúne acuerdos sociales y técnicos complejos, un tipo de vida y de espacios generados por principios o leyes autónomas de organización material y vital que de algún modo descomponen los estatutos de la arquitectura. El Hueco asume un orden que poco tiene que ver con las normativas, tratados urbanísticos, estilísticos o con las reglas impartidas por un proyecto arquitectónico típico. Su arquitectura no depende de la proyectación: la planta, la sección, el alzado, la escala, la estructura, el detalle, la proporción, el valor histórico o el estilo. No está marcada por las intenciones individuales del arquitecto o el autor. Allí el espacio público se confunde con el privado, el interior con el exterior, los edificios con la manzana a la que pertenecen, los patios equivalen a pasajes y éstos traslapándose deshacen la percepción de niveles fijos. La finalización de la arquitectura se confunde con su obra y construcción. El Hueco es interesante porque no entrega la responsabilidad que corresponde al grupo a un solo individuo.

#### **SEIS**

Aunque la forma y la vitalidad del Hueco se derivan de procesos complejos, estos últimos se explican gracias a las decisiones intencionadas que han tomado personas o grupos de personas a los que debemos considerar sus responsables. Sin embargo este conjunto de intenciones deberíamos llamarlo más propiamente inteligencia colectiva o si se quiere comportamiento estético, porque se trata de ese tipo de fuerza creadora. El Hueco no proviene del descuido, la improvisación o la

la respuesta llegara fácil: el Hueco era arquitectura informal.

Por un lado un mercado popular metido en manzanas, por el otro arquitectura inintencionada. A pesar de que me entusiasmara mucho esa arquitectura porque era, según mi juicio, lo opuesto a la del hipermercado -urbana, espesa, contrahecha, atractiva por vital, cargada y usada-, no sabía de ella casi nada. Si lo pensamos un momento, el adjetivo informal no es muy claro que digamos.

Los hipermercados en los que trabajaba estaban absolutamente proyectados (esto no quiere decir que fueran grandes obras de autor), ordenados, sistematizados, predispuestos, venían al mundo después de un trabajo de parto y mutaban únicamente gracias a la obsolescencia de las mercancías. Eran lo que eran porque un equipo gerencial daba línea y tenía un modelo de planeación. ¿Y el Hueco? ¿De qué se hacía realmente? ¿Quién lo determinaba? ¿Cómo pudo llegar a convertirse el centro de Medellín en un hueco? ¿Por qué me atraía esa arquitectura?

En principio me interesaba esta condición: las manzanas del Hueco contrarias al hipermercado no tenían un nivel sino muchos traslapados, en lugar de un acceso ofrecía múltiples entradas, a cambio del orden militar en la distribución de las mercancías en la planta nos daba un orden empírico de las cosas. El Hueco carecía de mapa, proponía múltiples rutas y bifurcaciones superpuestas. El drama de las perspectivas unidireccionales era sustituido por el misterio que brindaban las vistas cortas y trucas.

#### **Dos**

En 2001 dejé Medellín. Me fui a Europa con el ánimo de escribir una tesis sobre el Hueco. Yo no sabía que las tesis se hacían en contra de todo el mundo, así que me costó acoplarme. La academia decía que si me perturbaba la arquitectura de los hipermercados o de los espacios de marca debía interesarme por la fuente de la disciplina, por la arquitectura de autor -labor de arte-, en lugar de

estar mirando arquitecturas como las del Hueco carentes de un modelo de intención que perseguir. Cuando entendí cómo funcionaban las cosas me fui de viaje, estábamos en septiembre de 2003. Pasé un tiempo visitando mercados populares y regresé a Medellín a escribir lo que tenía pendiente.

Para inicios del 2004 al menos tenía claro esto: decimos informal y espontáneo cuando nos referimos a cualquier proceso vital que consideramos natural. Pero natural en la tierra, ya me lo había dicho un profesor, ni el agua lluvia que cae del cielo. Así que empecé a construir mejores definiciones de lo que era el Hueco: un tipo singular de configuración espacial, donde parecía que eran los usuarios y no los especialistas los que establecían el orden y el cambio: la forma y su desempeño.

Yo pensaba, quizá de modo ingenuo, que en esta arquitectura del Hueco lo que estaba en juego era el valor de uso, así como funciona un traje viejo que pasa de hermano en hermano. Me gustaba que el Hueco a pesar de sus transformaciones no se convirtiera en basura fácilmente porque vivía de gastarse y remendarse. Sin embargo más adelante me di cuenta de que el metro cuadrado del Hueco era el más caro de la ciudad. No era con la simple espontaneidad con lo que estábamos tratando, sino con un amasijo sofisticado de relaciones e intereses.

En términos técnicos había empezado a escribir cosas como estas para describir el amasijo: el Hueco es un conjunto comercial vernáculo tejiéndose en un grupo de 16 manzanas típicas del centro urbano de Medellín, una organización laberíntica de pasajes y redes de comercio ambulante generada por la autoconstrucción, la conexión no reglada de predios y edificios, la sobre-posición de niveles, la suma constante de materiales y ornamentos, la coexistencia de distintas funciones y tipologías híbridas. Y explicado en parte por la constitución de un mercado que distribuye mercancía de contrabando, productos chinos que entran desde Panamá a Colombia.

Del 2004 al 2006 estuve levantando el Hueco,

propiedad en la manzana del Hueco de modo similar a como lo hacían en el campo.

Pero la historia no acaba ahí. Además de constituirse en refugio, el Hueco sirvió y aún funciona para guardar y almacenar montones de mercancías y productos provenientes de prácticas comerciales ilegítimas. Aunque no todos los comerciantes lo hacen, el contrabando es desde hace décadas, la diferencia competitiva utilizada allí. Contrabandear implicó hacer de la manzana un escondite, caleta y guarida donde poder almacenar, remarcar, piratear, ocultar y vender. Y ha supuesto la construcción de túneles, pasadizos, escaleras, puentes y múltiples conexiones internas y externas. De esta manera, el Hueco no es un simple núcleo sino una estructura espacial tentacular que mezcla comercio fijo con ambulante, fabricación y almacenaje con rutas del contrabando.

El Hueco pertenece a grupos familiares. Clanes que llegan a confundirse con mafias y que a pesar de que están articuladas al contrabando local, manejan su negocio de modo autárquico. En el Hueco la propiedad inmobiliaria se rige mediante reglamento propio y es protagonista la prima -pago extra por comprar locales, arrendarlos, subarrendarlos o conectarlos-. Como se comprenderá, esta área hace uso de un sistema de vigilancia y seguridad privada. La forma de la manzana también ha tenido que ver con un asunto militar: defender el mercado constituido.

Hoy por hoy la forma de la manzana es subsidiaria de una estrategia que tiene por finalidad articular fragmentos arquitectónicos ordinarios, poniéndolos a compartir físicamente el todo y la parte. Y aunque es evidente que la función dominante en ella es el comercio, este último absorbe tantas situaciones y servicios -marginalidad, contrabando, fabricación, microempresas, comercio legítimo, almacenaje, restaurantes, oficinas, baños y servicios, bancos, guardería, capilla, sedes de cooperativas, sede fija de la Dirección de impuestos y Aduanas Nacionales,

A partir de la década del cincuenta, con la popularización de algunas de las ideas del Plan Piloto para Medellín -diseñado por José Luis Sert y Paul Lester Wiener- hizo carrera la necesidad de limpiar el centro popular de la ciudad, de removerlo y sacarle las funciones básicas, en especial el mercado central. Ese vaciamiento que ocurrirá de modo marcado a finales de los setenta, va a verse reflejado en la manzana del Hueco de dos maneras: va a perder consistencia por la desfuncionalización del área, pero a la par va a constituirse en un espacio disponible para que parte del comercio ambulante que ya no puede ubicarse alrededor del mercado la ocupe. La manzana del Hueco fue un fragmento tomado como refugio por muchos de los vendedores ambulantes y de este modo perdió su mezcla funcional. Ella, que era por definición una forma mezclada que combinaba lugares de trabajo, recreación, circulación y habitación (cosa que quería evitar el Plan Piloto), especializó sus funciones. A partir de los ochenta el comercio informal se la tomó gracias al bajo costo de su tierra y a sus construcciones simples. La manzana del Hueco nunca tuvo nada importante ni dominante en ella, siempre fue una manzana secundaria, de potreros, prostíbulos, viviendas, almacenes y comercios adjuntos a la plaza de mercado. No se alojó en ella ni cárcel ni edificio público, no contuvo edificios institucionales o de estilo que impidieran su reocupación y transformación constante. Al contrario, fue escondite perfecto para los comerciantes ambulantes que eran perseguidos por ocupar las vías y andenes públicos, y refugio de campesinos desplazados del oriente del departamento. En ese sentido la forma de la manzana se deriva de las migraciones y desplazamientos específicos de ciudadanos y campesinos. Esos campesinos que eran personas acostumbradas a vivir del minifundio agrícola familiar, autogestionaron, dividieron, fraccionaron, multiplicaron y repartieron la

entrevistando sus habitantes, dibujándolo y consiguiendo material histórico -en particular mapas de la ciudad, planos urbanos y dibujos que dieran cuenta de la zona-. El Hueco era prácticamente un conjunto sin archivos gráficos y planimétricos. El trabajo no fue fácil, me armé de un equipo de estudiantes de arquitectura. Revisé libros de historia de la ciudad, de urbanismo, directorios telefónicos, periódicos. Alcancé a estar detenido dos veces por grupos de paramilitares que cuidaban el Hueco y no querían que se dibujara algo que era en sí mismo un escondite. Los últimos levantamientos que realicé los hice por medio del teléfono móvil. Desde el Hueco describía lo que veía a una colega que lo iba montando en el ordenador.

Yo había estado tentado en muchas ocasiones a valorar el Hueco sobre otras arquitecturas por expresivo, desencuadrado, desparpajado, y porque en términos políticos encontraba, y aún ahora lo hago, muchas virtudes en él: la forma resultaba de la cooperación, la participación no era fingida sino pactada, la ecología no existía como discurso sino como voluntad de reciclaje, la arquitectura siempre podía crecer y admitir cambios de los usuarios. En el Hueco sus habitantes parecían tomar más decisiones por el lugar que los rodeaba que en cualquier unidad de habitaciones típica. En fin, me parecía una forma de resistencia al mundo de la especulación inmobiliaria y una reivindicación interesante de la subjetividad para la arquitectura.

### **TRES**

Para el año 2006, ya muchos arquitectos habían asociado la arquitectura con lo viviente y resultaba fácil atribuirle a este tipo de conjuntos como el Hueco, el adjetivo -autoorganizado-. Así que usé esa palabra para reemplazarla por informal o espontáneo. Aunque el fenómeno de la autoorganización que estudia la ciencia, asociado a la producción de cualidades emergentes, venía bien

para mirar algunos de los asuntos del Hueco, ese conocimiento no me libraba de un arduo trabajo. Si quería conocer el Hueco debía meterme en sus entrañas históricas y hacer un ejercicio de escritura, un trabajo a la vez sucio y divertido, juicioso y especulativo, histórico y contemporáneo; más allá de cualquier prejuicio o calificativo debía emprender un trabajo de pesquisa. ¿Por qué existía el Hueco?, ¿Por qué tenía la forma que tenía? ¿Qué cultura específica lo había permitido? Tenía una ventaja: ya había levantado su realidad y me sentía seguro para escribir y responder esas preguntas.

#### **CUATRO**

2007. Me tomé el año para investigar y escribir. Pensé en el Hueco como un bulto misterioso que había que abrir. Realicé el análisis por medio de una muestra. Tomé una manzana representativa de la zona del Hueco y la sometí a búsqueda histórica y crítica. Traté de entender su origen, procedencia, las circunstancias y procesos específicos que la llevaron al estado actual. Perseguí su figura y contenido en cuanto plano, mapa, periódico y libro pude conseguir.

#### **CINCO**

En 2008 terminé de escribir. Lo que descubrí sobre esa manzana o bulto llamado Hueco es lo que puedo contarles a continuación:

El Hueco y en especial la manzana de estudio, fue hoy y siempre un campo en entredicho, un espacio inconsistente: inundado, periférico, irregular, segregado, mestizo, cerrado, no santo. Fue barrera, pesebrera, prostíbulo y almacén al mismo tiempo. Mezcla de usos y hábitos dudosos. Al configurarse como vacío a ser llenado por comerciantes ambulantes se hizo escondite, refugio, caleta. Plaza de desplazados. Laberinto, monopolio, gueto. Espacio ilegítimo, ambiguo, empírico e inacabado. Forma de planes fallidos, hueco en la trama de la ciudad y en la planeación, tanto hoy como hace siglos. Este resumen equivale a decir que las

fuerzas que han estado nutriendo el Hueco siempre estuvieron inclinadas hacia el mismo lado y que es esa condición especial la que constituye su expresión.

El Hueco y en especial la manzana estudiada, fue siempre un lunar: pantano, ejido, zona de cultivos pequeños con producción limitada, manzana -apenas trazada- de medidas irregulares, espacio de la segregación social -acogió a grupos de desplazados del centro: mestizos, negros, indios y blancos pobres que debieron moverse allí cuando se decretó a Medellín como ciudad-, fue espacio cerrado y privado que impidió el desarrollo público, lugar no santo que servía para fabricar licor ilegal, y en general una zona de imposibilidad para solidificar la civilidad (según el plano de 1791).

El área donde hoy se alberga el Hueco encontró su razón y causa formal principal al irse constituyendo en sustancia del nuevo núcleo comercial y vital de Guayaquil (zona roja o de tolerancia de la ciudad) que aglutinaba la plaza de mercado, la nueva Feria de ganado y la estación central del ferrocarril. De manera que el área donde hoy está el Hueco, pasó de ser barrera entre el norte y sur de la ciudad, rinconada o calle ciega -así lo certifica el plano de 1889-, a convertirse en un área que comunicaba la vieja ciudad con la nueva. Esta zona siempre fue un pasaje, una forma del tránsito, un área que atendía realidades diferentes: viviendas populares hacia el norte y pesebrera, potreros de la feria de ganados, prostíbulo y almacén hacia el sur donde se localizaba el mercado y la estación del ferrocarril (según los planos de 1889 y 1906).

Durante la primera mitad del siglo XX nuestra manzana y todas las vecinas se constituyeron en el complemento necesario de la estación central: recibían mercancías, almacenaban y distribuían, contenían pequeñas industrias, talleres; en general acogían la vida de un puerto y hacían contrapeso a la férrea sociedad católica de la época.